

Cuarto Centenario de Ambrosio Paré

Conmemoración de su obra.

Por J. L. Faure

Parece que una renovación de juventud y de gloria envuelve hoy la gran sombra de Ambrosio Paré. Hace 400 años comenzó su **aprendizaje** de la cirugía, inaugurando así la vida, en cuyo curso, debía conducir tan alto el culto apasionado de nuestro arte.

Jamás es muy tarde para evocar el ejemplo de una noble figura. Sin duda es el trabajo acumulado en el curso *de* los siglos de gloria y de miseria que ha hecho de la Francia el dulce país que el universo admira, otros codician y este más bello reino bajo el cielo que cantan los poetas, que diviniza la naturaleza y por el cual han muerto tantos millones de sus hijos

Pero la muchedumbre anónima no se da cuenta de quienes la conducen. Si no hubiera tenido en la ruta eterna por donde camina la humanidad, algunos héroes salidos de las profundidades para iluminar su pensamiento, liara orientar sus fuerzas, para dirigir su acción, quién habría sacado de las tinieblas, donde estuvieron durante milenios, nuestros ancestros de la prehistoria? He ahí, porqué, en estos tiem-

pos en que el alma de Francia da pruebas de energía sobrehumana y de imperdonable abandono, parece saludable retemplar nuestros corazones en el ejemplo de uno de esos hombres que llevaron su piedra al monumento sublime erigido por los siglos a la gloria de la Patria.

He aquí 400 años que Ambrosio Paré entraba al Hotel Dieu como compañero cirujano. Tenía apenas veinte años.

Su padre, **Lava**, fabricaba cofres, un artesano de valor, como *es* vieja Francia tenía tantos, había notado su aptitud para la reflexión y quiso preparar para alguna carrera más noble que la suya haciéndole aprender latín. Lo había confiado, no sin alguna vacilación, al capellán Dorsay, pues era de esos hombres que en la época donde el espíritu empezaba a romper sus cadenas, tenían alguna tendencia a adoptar las ideas de la reforma que cambiaba en Europa las almas y las conciencias. Pero el capellán empleó más al alumno en limpiar su jardín y pasear su muía que a estudiar la declinación.

El trabajo terminado, iba a la Escuela de Medicina de la calle

de la **Bucherie**, donde seguía los cursos, escuchaba las lecciones del maestro y asistía a las disecciones.

Pero salió luego de ja muchedumbre, pues las cosas no iban mejor que ahora El trabajaba. Era necesario dar pruebas de cualidades exencionales, pues fue distinguido por diversos profesores y en particular por **Dubois** que había latinizado su nombre, llamándose con el ilustre de Sylvius. Como se necesitaba en el Hotel Dieu de un compañero cirujano, él fue escogido para ocupar ese empleo.

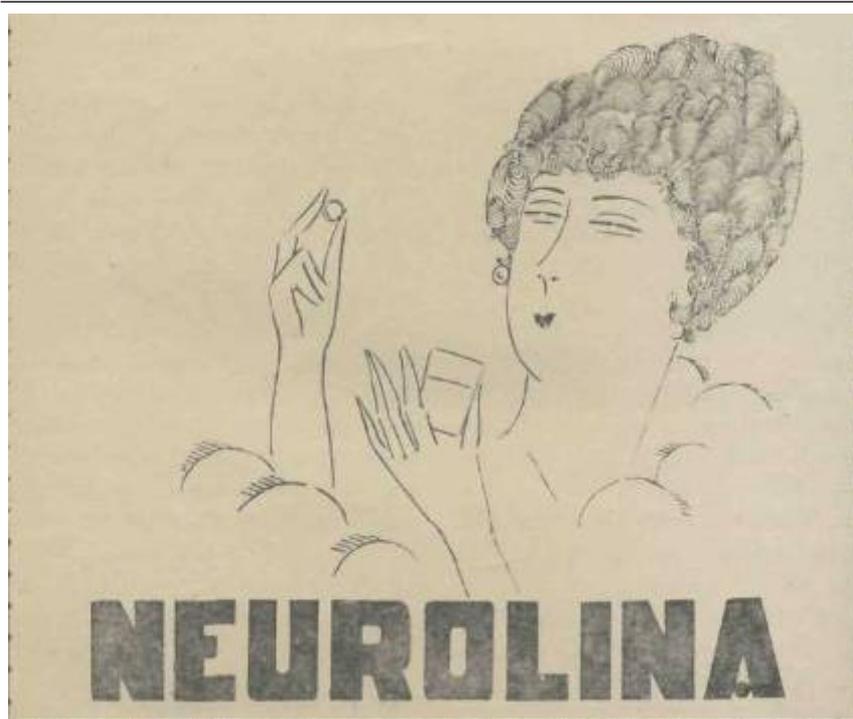
Y he aquí como el pequeño aprendiz a barbero de la tienda

de Laval se había transformado en compañero cirujano del Hotel Dieu de París.

El azar que lleva al mundo decidió de su destino.

El Rey Francisco I preparaba en esta época (1636) una expedición a Italia para combatir al Duque de Savoya, aliado del Emperador Carlos V. M, de Montjean, que ocupaba un alto grado en el pequeño ejército, hueco un cirujano. Se le presentó Ambrosio Paré, le gustó y lo aceptó.

Y he aquí a nuestro héroe partir por vez primera en estas expediciones militares que hicieron de él al cirujano de los campos de batalla y que permitieron a su



genio naciente o más bien a esa especie de genio, que no es sino el buen sentido y la claridad de la mente, dan libre curso a sus inspiraciones y que debían conducirle poco a poco a los descubrimientos que lo inmortalizaron.

Desde esa primera campaña, tuvo ocasión de poner a prueba a la vez su generosidad natural y su espíritu de iniciativa.

Los primeros espectáculos de las carnicerías salvajes, que eran entonces los combates cuerpo a cuerpo, con el fracaso de las armaduras y arca buzados, lo afectaron profundamente. Yo me arrepiento, decía, de haber salido de Paría para ver tan lamentable espectáculo.

Ambrosio Paré, desde esa época rompió su cadena.

Siguiendo a Juan de Vizo, trataba las heridas por **arena** de fuego, cauterizándoles con aceite de Sambuco hirviendo. Pero es fácil adivinar **qué** espectáculo darían los desgraciados heridos sometidos a esa **terrible terapéutica**. A pesar de la dureza del siglo, donde se veía quemar de vez en cuando algún brujo, Ambrosio Paré se preguntaba si no había algo mejor en qué ocuparse que a este oficio de torturador!

Un día los heridos eran muchos, el aceite de Sambuco faltó. Qué hacer? Era sin embargo necesario curarlos. Ambrosio Paré compuso un digestivo hecho de yema de huevo, aceite rosado y de terebentina y lo aplicó sobre

las heridas.

Después de una noche de insomnio, inquieto de haber infringido las prescripciones de lo que era entonces la verdad científica, fue a ver sus heridos.

Qué había sucedido a los no cauterizados? Los encontró naturalmente, mucho mejor que los curados con aceite hirviendo! Estos habían pasado una noche espantosa, tenían fiebre y las heridas eran negras y tumefactas. Los otros habían dormido bien, sufrían poco y sus heridas se presentaban sin inflamación ni tumor. Su convicción estaba formada: Entonces, dijo, yo resolví jamás quemar tan cruelmente los pobres heridos por arcabuz.

Al regreso, **al** cabo de tres años, en 1539 volvió a su trabajo. **Encontró** a su maestro Sylvius, que le había puesto gran afecto desde el principio de sus estudios. Era un hombre eminente, cuyo nombre vivirá a través de los siglos, mientras hayan hombres capaces de interesarse por la anatomía cerebral. El joven, un poco rudo, que había conocido como un sólido trabajador, le gustaba, y después vio, en su expedición allende los Alpes, cosas interesantes. El viejo maestro le dio un buen consejo, el de resumir lo que había observado y escribir una obra.

Pero esa idea horrorizó a Ambrosio Paré. Escribir un libro. No sabía el latín y no estaba seguro de saber el francés. Quién

que pasaban al cirujano los fierros encendidos al rojo, éste ante la estupefacción de todos, los rechazó, poniendo en práctica una idea, que seguramente llevaba desde mucho tiempo en su cabeza; tomó un **hilo**, lo pasó por la arteria tibial con un gancho y puso una ligadura. Hubo murmullos discretos, se increpa al joven imprudente, que osaba deliberadamente infringir las antiguas enseñanzas. Algunos días después, el herido estaba curado y Ambrosio Paré lo mandó a su casa; el herido con una pierna de madera y diciendo que estaba contento de no haber sido miserablemente quemado para estancarle la sangre.

Es así, como Ambrosio Paré, practicó por primera vez. la ligadura de las arterias, en una amputación y se elevó de solo golpe de alas a la primera línea de los que han trabajado por la cirugía, y que han dado a los hombres, sus hermanos servicios que nadie podrá medir su magnitud. Qué importan ahora los otros trabajos, sus títulos y su gloria? Vedle por ese simple gesto—por ese hilo delicado puesto sobre un vaso—incluido en la Historia eterna.

La abdicación, después la muerte de Carlos V le trajeron algún reposo. Felipe II menos combatiente que su padre, firmó el Tratado de Chatean Cambresis y la Paz, descendió por algún tiempo sobre el pobre reino de Francia.

Vuelta la tranquilidad, Ambrosio paré, pensó que él no era sino

un barbero cirujano.

Pero los reproches que se pueden hacer a los exámenes no se aplicaban solamente a los que conocemos hoy. A pesar de los celos fermentados en el corazón de un cierto número de miembros del Colegio de Cirujanos, algunos tenían, felizmente para Ambrosio Paré, una admiración secreta y profunda, y se hizo por él. lo que se haría talvez ahora, sí un caso semejante se presentara. Madame Lariviere compuso un jurado escogido entre sus partidarios; se cambió la fecha ordinaria y el sitio de la reunión; se convino anticipadamente en ciertas preguntas y respuestas; pero las respuestas de Ambrosio Paré fueron hechas en un latín tan deplorabile que hubo algún disentiimiento en el jurado. Obtuvo sinembargo los dos tercios de votos y fue admitido al maestrazgo, pero a condición expresa de aprender el latín y la cirugía.

Y nosotros no tenemos bastantes críticas para los exámenes actuales. Nada ha cambiado bajo el sol —si no es que los reproches que se nos pueden hacer parece deben ejercerse en sentido inverso—pues nosotros no tenemos a menudo que pronunciarnos sobre candidatos de la talla de nuestro héroe.

Las guerras dinásticas apenas habían terminado, cuando se encendieron las más crueles y absurdas aún, las luchas que despertó en los corazones y espíritus la intolerancia religiosa. Ambro-

sio Paré, después de haber escapado del peligro de las batallas, hubo que ser su víctima.

Las guerras de religión comenzaban en Francia y renovaban las discordias, las miserias y los sufrimientos de la guerra de cien años que conocieron los antepasados de los hombres que entonces vivían, cuyas ruinas y calamidades se recordaban con espanto.

Ambrosio Paré era hugonote.

M. Carlos de Escrevannes está muy preocupado por saber si Paré era protestante y católico. Discute extensamente este asunto y se inclina por la última opinión. Es también la de maljargue, quien no da en favor de la hipótesis, sino los argumentos más detestables. Yo no me encargaré de trazar esa diferencia, aunque los peligros ciertos que corrió durante los días trágicos de San Bartolomé me hagan adoptar la primera y pensar que abrazó la fé de los hugonotes. Poco importa. Me es suficiente creer que tuvo una alma de cristiano. Comprendo por eso, que conformó su vida al espíritu de Cristo sin importarle sus ministros. Era un hombre honesto, justo y caritativo, lleno de piedad por los dolores humanos, bueno, tolerante y amplio de espíritu. Cualquiera que haya sido su fé, la había tomado de lo bueno de las religiones, las ideas rectas y generosas, que por la fuerza de las cosas, incorporan en sus reglas estrechas y que son del do-

minio de la moral universal. No podía comprender que una doctrina de paz, de caridad y de perdón pudiera engendrar, como lo veía, el desolador espectáculo de degüellos y suplicios, de asesinatos y carnicerías. Es que él no sabía que las grandes ideas no son a menudo, sino un velo tenue que cubre las pasiones humanas. Son tanto más profundas cuando toman su origen en misticismo y en convicciones que tienen, por su misma esencia, el carácter de lo absoluto y que cuando las pasiones vienen a dirigir los actos de los hombres no hay más lugar para la razón, para la justicia, para la tolerancia, ni aún para la piedad. No hay más lugar que para la locura.

Ambrosio Paré contemplaba con ojos entristecidos las nuevas desgracias cernidas sobre la Francia diezmada, desesperada de su destino; ignorando que un niño crecía en el Louvre, cuyo buen sentido, su espíritu de justicia y de tolerancia, las virtudes militares y el genio político, iban en algunos años a hacer del desgraciado país devastado por dos siglos de guerras intestinas, la Francia del gran siglo y el más bello reino que haya aparecido bajo el cielo, desde los tiempos de Carlomagno y aún después de los años venturosos de los siglos olvidados durante los cuales la gran paz romana extendió sobre el mundo los beneficios de una civilización en la cual vivimos todavía.

Repentinamente, sobreviene, el drama atroz en el cual debía perecer.

Que sea por razón de Estado, o por esa fría prisión que nace en los fanáticos, **Reina** Madre, espantada de la resistencia de los **hugonotes** y de los progresos que hacían en todo el reino, **resolvió** el dar un golpe maestro y exterminar todos los jefes, comenzando por **el más grande** y más respetado de **todos**, el almirante **Coligany**.

La ocasión era favorable, un gran número de jefes **hugonotes** habían venido a Asís pura asistir al matrimonio del joven rey de Navarra con **Margarita** de Valois, hija de Catarina.

Pero la ciudad estaba en efervescencia. Que iba a pasar. Fue entonces cuando la reina madre **obtuvo** de su hijo la orden fatal de la que lleva ante la historia la terrible **responsabilidad**, pero que la implacable Catarina, arrancó, sin duda a su debilidad más que a su **voluntad**.

La mañana del día **siguiente**, **cuando** el alba despuntaba, el ruido siniestro del Somatén que repicaba en la torre de San **German** Anrerrois daba a los soldados y al populacho, a la **señal** de lo que fue talvez, el **crimen** más grande de la historia que so **haya visto**. El populacho ama la **sangre**. La bestia humana desencadenada cae **bajo** las **bestias fieras** y de los monstruos que talvez pueblan las profundidades **del mar**, que no matan sino para

vivir y vuelven al reposo una vez saciada el hambre; pero el hombre, ser sublime, formado a imagen de Dios, mata por el placer **de** matar. Solo él conoce la voluptuosidad de la muerte y la **alegría** de **la sangre** derramada. El degüello duró tres días.

Pero todo París sabía que Ambrosio Paré asistió a **Coltgany**, y era más que ningún otro, designado a los golpes de los furiosos y dementes sueltos en las calles de la **ciudad**.

Carlos IX lo quería mucho. Lo interrogaba a menudo, le pedía consejos, lo hacía su confidente. Y Paré a su **vez** tenía un gran afecto por este Príncipe, por tantos lados **encantador** y que sin duda hubiera sitio poeta a no ser Rey **de** Francia.

Qué iba a suceder a Paré en estos días trágicos? Vivía no lejos del **Louvre**, cerca del puente Saint Michei. Carlos IX envió a buscarlo y lo hizo venir al palacio por caminos **escondidos**.

Talvez quería tener cerca de él ese hombre firme y recto en esas horas terribles, donde la visión-**sangrienta** de escenas de la calle se listaban, horribles pesadillas y **ya el remordimiento**, sin duda **espantaban** su alma, pues parece que fue profundamente impresionado por las consecuencias horribles de la orden que se había dejado arrancar por la voluntad de **su madre**. Sufrió hasta la muerte que vino en menos de dos **años**.

Lo que parece cierto es que

Ambrosio Paré pasó en el apartamento del Rey la primera noche que era un domingo, después todo el día **lunes**; el degüello continuaba, la sangrienta noche, y no llegó a su casa hasta el martes, **cuando** el populacho estaba saciado; los vapores de la sangre subían del pavimento de la ciudad y que terminaba en la muerte y el cansancio la tragedia más sombría que ha deshonrado la Historia.

A fines de agosto de 1590 Enrique IV levantó el sitio. El 20 de diciembre del mismo año Ambrosio Paré se extinguía en medio de los suyos; 80 años de edad. Vio desarrollarse los sucesos del siglo XVI, tan grande por la desgracia de los hombres y de los pueblos, como por la esperanza que daba ya el espíritu nuevo que soplaba sobre el mundo. El siglo precedente dio hombres, héroes, sobre los mares tenebrosos y los océanos desconocidos, en el **descubrimiento** de la tierra. Ahora era sobre rutas nuevas, abiertas al espíritu que avanzaba la humanidad.

Ambrosio Paré murió en la hora en que bajo el impulso decisivo del que fue un gran hombre al mismo tiempo que un gran Rey, los franceses reconciliados iban a asistir a la resurrección de la Patria.

El ascenso de Ambrosio Paré **que** salió de tan bajo para llegar tan alto, pues es necesario verdaderamente que haya subido muy alto en la conciencia de los

hombres para haberles aparecido como el Padre de la Cirugía, magnífico y glorioso epíteto, que en la memoria de las muchedumbres, tres siglos revueltos no han podido separar de su nombre; ese ascenso, que es un caso único en la historia *de la* cirugía, no fue en realidad, sino el desarrollo progresivo de su genio personal, hecho de simplicidad, de buen sentido, de espíritu de observación, al mismo tiempo que de trabajo, de coraje, de valor moral. Pero que quedaría de Ambrosio Paré si no hubiera poseído tan raras cualidades y altas virtudes, Libros olvidados, volúmenes perdidos, como tantos otros en el polvo de las bibliotecas, en que ninguna mano, sin duda correría las **hojas**. Pero un día sintió brotar en él la inspiración repentina, la chispa sagrada, esa luz interior que revela al marcado por el genio lo que solo él puede ver, cuando quienes le rodean marchan en las tinieblas, y el gesto de un día lijando un vaso lo condujo a las cumbres donde brillan los nombres de quienes pasaron sobre la tierra dejando una obra inmortal.

Era entonces el hijo de su creación; él solo se había hecho; nacido en un siglo donde los hombres vivían en la fé de los antiguos, entre los errores de su tiempo, observó, reflexionó, pidió armas a la razón.

Debemos darnos cuenta, para comprender el esfuerzo que hizo, del estado de espíritu de los hom-

bres de su siglo, en medio de los cuales vivía y compartía la mayor parte de sus ideas, como sucede por la fuerza de las cosas y por una especie de impregnación espiritual en todos los tiempos y en torios los países. Jamás, talvez, el insondable absurdo del espíritu humano se ha manifestado más brillante que hacia este fin de la edad media, del que se salía apenas, y que al lado de tantas obras asombrosas, que nunca han sido sobrepasadas, como esos monumentos sublimes: las catedrales, nos ha dejado los testimonios estupefactos de todas las aberraciones. Pues parecía natura! a los hombres de ese tiempo, quemar sus compatriotas para asegurar la salud de su alma y conducir al suplicio, después de procesos paciente y - consensudamente instruidos por hombres de buena fé, de los desgraciados convencidos de ir a las Mamas por haber **negociado** con el diablo en una misa negra. Y los herejes que se conducían al suplicio no se asombraban de esas sentencias. Sus convicciones, tan potentes como las de sus persecutores, les **hacían** preferir el suplicio a la abjuración y los hechiceros que subían al **madero**, se decía que era necesario hacerlos sufrir por su eterna salud, pues habían sido convencidos por el **diablo**. Todo el mundo **sabía**, en efecto y ellos también lo **sabían**, que cuando van al conventículo de los brujos, los hechiceros pierden todo recuerdo y des-

piertan apasiblemente en su lecho.

Ambrosio Paré era de su tiempo. Sin embargo se dejaba llevar por la credulidad general del siglo en que se vivía en un mundo poblado de ángeles y demonios y donde las cosas de la tierra del cielo y del infierno se confundían en la fé de esas almas simples, en un misticismo infantil, lleno del mismo tiempo de espanto y de **beatitud**, cuyo testimonio es fácil contemplaren las pinturas de **la época**, Ambrosio Paré haciendo un llamamiento a la razón cuando se trataba de lo tocante a su arte.

En fin, cosa admirable en **esos** tiempos tan alterados, conservó algo de **más** bello, de más profundo y de más generoso; un gran espíritu de tolerancia tan rara en la época, tanto entre los hugonotes como en los fieles a la **autoridad** soberana del Sumo Pontífice Romano. No comprendía que se impidiera la fé de los otros, ni que los otros tuvieran algo que ver con lo que pasaba en el fondo de su propia conciencia. Todavía menos comprendía que el pobre reino de Francia, ya tan golpeado por las guerras con los ingleses, que durante todo un siglo lo habían devastado y casi acabado por la guerra con el Emperador Carlos V, al punto de preguntarse qué sucedería a la Francia si todos los hijos **de** Catalina, que parecían de una raza degenerada, morirían sin hijos, no comprendía cómo los fran-

ceses después de tantos sufrimiento, tomaran las armas contra otros **franceses, combatiendo** por su fé.

Era **entonces** un espíritu libre. Pero cuántos espíritus libres o que se creen esclavos, **aprisionados** en la ignorancia y en la servidumbre. Aquí es donde debe darse todo su valor a una **circunstancia que decidió** sin duda, la **fortuna de** ese hombre que no se elevó a la primera **calidad** y no fue el Padre de la Cirugía sino porque se hizo él solo.

Ambrosio **Paré** no sabía latín y sí esa lengua **lo privó** de cierta disciplina del espíritu, que muchos **juzgan** hoy, y con razón, **necesaria** a su desarrollo, franqueo al menos en lo concerniente a la medicina, una ciega sumisión a las ideas del tiempo, irremediablemente empapadas en las tradiciones **galénicas**.

De suerte que la ignorancia de esa lengua, impidiéndole leer el **Evangelio** sagrado de los médicos de entonces, le permitió conservar esa independencia del espíritu, una de las mayores cualidades del hombre, porque le da **la fuerza para luchar** contra **la** rutina eterna y de romper **errores** legados por el pasado, para

trabajar en libertad buscando la verdad.

No es en un sitio como este, donde tengo el derecho de calificar la tradición. Pues si los siglos pasados han acumulado errores y los han transmitido, han también acumulado verdades eternas y vivimos sobre los trabajos de quienes nos precedieron.

También, después de lo que antes vimos y hoy vemos, no tenemos el derecho de pronunciar a la ligera esa palabra magnífica de libertad, sobre todo aplicándola a las manifestaciones del espíritu en el que no sabrían nacer espontáneamente las reglas de la verdad soberana. Pues el espíritu, como el cuerpo, como los músculos, tiene necesidad de una dirección, de una disciplina sólida, sin la cual puede perderse en los caminos que parecen llevar a las cumbres y que conducen a los abismos.

Ah, sin duda es fácil hipnotizarse con palabras y lanzarse al galope por el camino encantado de los sueños e ilusiones! Sin duda es fácil, en la mañana de un hermoso día de verano, ver de lo alto de la colina, el sol subir lentamente en las brumas del horizonte. Pero quién puede sa-